

YO, CRISTIANA COMUN Y CORRIENTE...

Mireya Escalante

Yo soy Iglesia, tú eres Iglesia, todos somos Iglesia. Por lo menos eso nos dicen y recuerdan siempre. Ahora bien, ¿qué papel jugamos en ella y cómo vemos a nuestra Iglesia nosotros los cristianos, los cristianos comunes y corrientes, los que no tenemos rangos, los que tenemos un conocimiento relativo en cuestiones de la fe, los que contamos con una instrucción que no pasa de lo que acaso aprendimos: en los Colegios, si tuvimos la buena o mala suerte de estudiar en uno católico, en donde se nos enseñó una religión más o menos correcta, pero sí, seguro, sólo la apropiada para una persona de máximo 18 años, y con esa base nos lanzamos al mundo, sin preocuparnos de madurar esos conocimientos como hicimos en otras áreas?

Esas dos interrogantes me preocupan mucho y como una "simple y vulgar" cristiana quisiera tratar de contestarlas narrando mi experiencia, que no creo muy diferente a la vivida por muchos como yo, y aunque sea por sólo alguno de ellos me voy a permitir hablar en su nombre. Pero comencemos por el principio...

Nos vamos a situar en la década de los sesenta, cuando el paso de la dictadura a la democracia trajo una serie de cambios en nuestra sociedad, que impulsaron un proceso de luchas universitarias y de situaciones conflictivas. Estábamos en la era post-conciliar, lo que implicó transformaciones en el seno de la Iglesia. Para casi todos, el Concilio Vaticano II abría unas nuevas perspectivas que se advertían hasta por el simple hecho de asistir a una Misa en nuestro propio idioma o por el de sentir que nos dirigían a nosotros los fieles directamente la Palabra. Era como un estar más cerca de la Iglesia; era sentirse un poquito más Iglesia.

En esa época se hablaba mucho de la Acción Católica (AC) y se leía lo que en otros países hacían los miembros de la JOC (Juventud Obrera Católica). Lamentablemente, aquí no ocurrían esas cosas, o por lo menos lo que yo conocía, era muy distinto, y no tengo recuerdos muy halagadores. Me voy a permitir contar la anécdota que justifica plenamente ésta aprehensión: una de las "acciones" de esa Acción Católica, que conocía, era hacer canastillas para las ma-

dres de un barrio que quedaba muy cerca de nuestra institución; dos veces por semana se reunían las muchachas con la Hermana; entre 12:30 y 2:00 p.m., hora del almuerzo; un día cualquiera, a las 7:00 a.m., cuando llegué al Colegio, me encontré con una Señora que estaba sentada esperando para hablar con alguien, para solicitar una canastilla, según me contó al no más entrar; ¡aunque era obvio!, al ver su prominente vientre; como a las 10:00, al salir al recreo, vi a la misma Señora y, al dirigirme a ella, me dijo que no la habían atendido. A la hora de la salida, 12:30, volví a verla, confiada en que ahora sí, pronto sería atendida. Cuál sería mi sorpresa cuando al regresar por la tarde la vi, como si estuviera en cualquier cola del Seguro Social o de algún Ministerio, esperando con esa paciencia que sólo sabe tener nuestro pueblo necesitado, porque a esa hora todavía nadie la había atendido. En ese momento, sin pensarlo mucho, osé abrir la puerta de la reunión de la AC e, interrumpiendo una oración, les eché en cara que lo que se suponía era el "objeto" de su acción esperaba pacientemente desde hacía 7 horas y que nadie había tenido el menor gesto para atenderla. Por su puesto al declararme persona no grata en la AC, no tuve más contacto con ella, cosa que tal vez me hubiera hecho entender mejor mi papel dentro de la Iglesia.

Para los que no optamos por ese camino, pensando que la pura oración no era precisamente el mensaje Evangélico, seguimos la búsqueda y asistimos a Palestras, Cursos, que nos llenaban de inquietudes sociales, pero que de alguna manera no se correspondían con la realidad que encontrábamos en la Iglesia. ¡Era tan diferente lo que con esa ansia que sólo da la juventud veíamos a nuestro alrededor, injusticias y necesidades de cambios, y lo que por otra parte se presentaba como el mensaje de nuestra Iglesia a través de toda su organización!

En aquella época leí un libro que se titulaba "De la Parroquia al Ancho Mundo", que abría nuevos horizontes de acción, pero no existía ninguna coincidencia con mi propia Parroquia. Eran dos realidades muy diferentes; parecía que copiábamos modelos que no eran aplicables a nuestra realidad latinoame-

ricana.

Más adelante empezamos a analizar la Populorum Progressio. Esto sonaba diferente: se hablaba de que "Los pueblos hambrientos interpelan hoy, con acento dramático, a los pueblos opulentos". Sí, había una Doctrina Social de la Iglesia. Comenzaba otra etapa de nuestra formación; ya pronto iniciaríamos la Universidad, y la Juventud Comunista sí estaba bien organizada y, como Católicos, teníamos que combatirla. Tampoco en el seno de la Iglesia se veía claro la aplicación de la Doctrina; se veían muchos contrastes entre lo predicado y lo actuado. Casi que sólo quedaba un camino para ese grupo de cristianos con inquietudes: era la JRC (Juventud Revolucionaria Copeyana); era casi como un único camino político, al que tranquilamente se podía pertenecer y ser también al mismo tiempo buen cristiano. Casi se pudiera decir que era más bien la condición para ser buen cristiano.

Aunque no todos con las mismas inquietudes tomaron ese camino. Algunos de los dirigentes más comprometidos, ante las contradicciones entre lo que predicaba la Iglesia y la actuación de ella misma, optaron por el camino de rechazo absoluto de su condición cristiana y otros, tal vez los más vivos, decidieron ser "sólo buenos cristianos dominicales", y en el resto de su tiempo ser por ejemplo grandes personeros de Fedecámaras.

En fin, ninguno siguió las rutas trazadas. Todos de una u otra forma chocamos con una barrera, que fue la misma posición conservadora de la Iglesia y aprendimos que cualquiera de nuestras actuaciones, dentro de ella, era insignificante, por ser los de la última fila, sin voz ni voto dentro de la organización.

La entrada a la década de los setenta casi coincidió con la vida universitaria. Aquí ya todo era diferente. Había tanto que hacer que la religión y aun la vida cristiana quedaban relegadas para un último lugar. En esos años claves, para adquirir nuevos conocimientos y madurar los ya adquiridos, nuestra formación religiosa no maduraba a la par de la técnica; por el contrario, la distancia se hacía cada vez mayor.

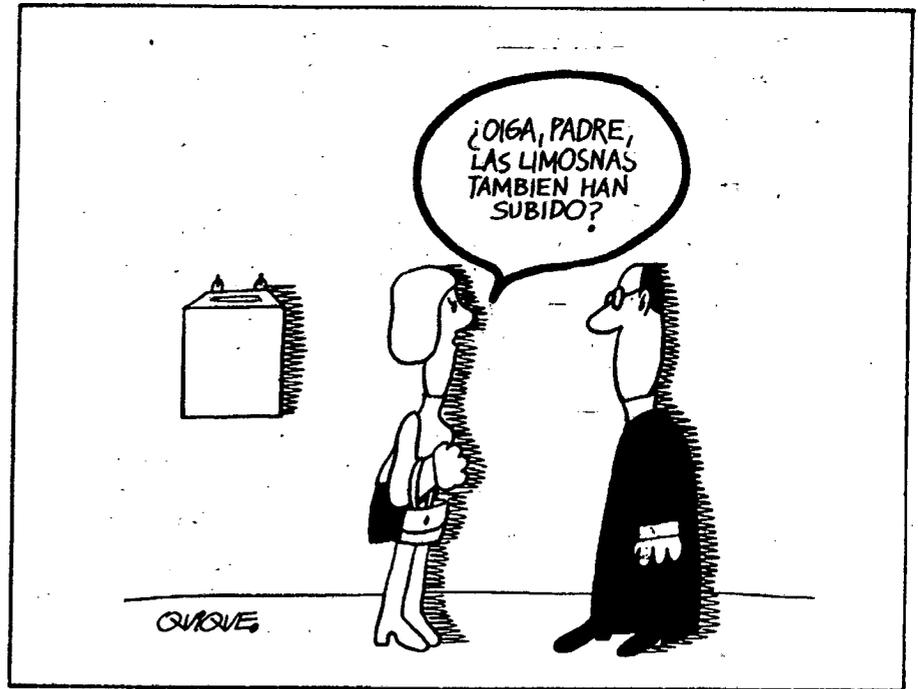
A finales de la década, ya profesionales, comenzó el "boom" del país, todos, de alguna manera, nos fuimos sintiendo millonarios, con la capacidad de tener lo que quisiéramos; cosas como "justicia social", "marginalidad", "cambios estructurales", eran expresiones muy lejanas, de una linda época estudiantil, que no tenía ninguna relación con la vida cotidiana, y ni siquiera con las homilias dominicales, que la mayoría de las veces eran frías, insípidas y poco trascendentes.

Sin perder de vista las preguntas iniciales y ya llegando, al pasar los años, al presente, comenzamos a ver todo un movimiento, por prensa, conferencias, rumores, diferentes opiniones de algo que se estaba forjando en el seno de la Iglesia. Me voy a permitir contarles mi primer contacto con esos dimes y diretes. Fue casualmente cuando nos preparábamos a la visita del Papa. Estaba en completo desacuerdo con su visita, sólo por razones económicas, ya que consideraba un gasto innecesario, para un país que poco tiempo atrás se había declarado abiertamente en crisis. Por razones estrictamente profesionales viví la experiencia de la organización, de la cual podría contar muchas cosas, aunque sólo mencionaré lo que sentí al final, en una reunión de evaluación y que se lo expresé al Arzobispo: Era la primera vez que yo entraba a un Palacio Arzobispal; era la primera vez que podía hablar de quien a quien con Obispos y Arzobispos; y hasta ver unos Cardenales de la mismísima Roma. Por primera vez se me tomaba en cuenta como laico para algo; por primera vez eran útiles mis conocimientos; yo, un simple soldado raso, podía serle útil a la organización a la cual pertenecía, y a la que siempre he sentido lejos porque siempre ha estado lejos; donde todos los que somos soldados rasos sentimos que somos Iglesia sólo para múltiples exigencias de la Ley, con un trato muy diferente para el "Cogollito", porque nosotros sí sabemos que también dentro de la Iglesia hay "Cogollitos".

Justamente, esta experiencia fue importante para la respuesta a las preguntas originales. En ese momento comencé a oír a hablar de ese movimiento que mencionaba antes, de la Teología de la Liberación y de su supuesta condenación por parte del Vaticano, y siguiéndole la pista a esa veta, que sonaba interesante, oí mencionar a Leonardo Boff, y su contraparte Ratzinger. A este punto, mi curiosidad ya estaba picada y comencé a leer algunos libros de ésta co-

riente, Juan Luis Segundo, González Faus y al mismo Boff. De él sobre todo, un libro me impresionó: "Las Comunidades de Base reinventan la Iglesia". (Esta es su subtítulo, gracias a Dios, porque por el título nunca lo hubiera leído. Realmente el libro se llama Eclesiogénesis, nombre que para nosotros los legos no significa nada). Y esa veta era buena, porque lo que allí leí conjugaba lo que desde hace mucho tiempo me inquietaba; eso era lo que mi intuición me indicaba, como la verdadera respuesta al mensaje de los Evangelios. Esa sí que era una buena noticia; eso es lo que tiene que querer un Dios que rechazaba el culto cuando no se hacía justicia a viudas y huérfanos, que es como decir a todo nuestro pueblo marginado en esta sociedad, en donde el que no tiene no es. Eso es lo que Jesús predicaba: un Reino de Dios que se inicia aquí y ahora; para eso formó su primera comunidad con los Doce, para implantarlo; precisamente esa comunidad por esa razón también fue la primera Iglesia. Después le siguieron otras comunidades, donde todos eran iguales, aunque no todos tenían las mismas funciones; una Comunidad-Iglesia que tiene una opción preferencial por los pobres, que es la voz de los que no tienen voz; con palabras del propio Boff, una Iglesia así "confiere credibilidad a lo que la fe proclama y a lo que la esperanza promete; devela un rostro de Cristo capaz todavía de fascinar a los espíritus atentos e insatisfechos con el orden de este mundo" (Boff).

Pero ¿qué me encuentro? Que es-



te movimiento, este renacer de la Iglesia, me atrae poderosamente la atención, que me da la clave tan buscada de la auténtica vivencia cristiana, que hasta cierto punto me permite hacer "Teología" al interpretar el Mensaje Evangélico en mi Comunidad y no sólo oír pasivamente la interpretación que me quieren dar; que me hace sentir verdaderamente sucesora de los apóstoles. Pablo VI lo decía: "el seglar como el obispo es un sucesor de los Apóstoles" (Guitton, "Diálogos con Pablo VI"). Todo esto está duramente criticado por la misma Iglesia, o por lo menos eso leemos casi diariamente en la Prensa, hasta el punto que hoy en nuestro tiempo y dentro de una institución que proclama un mensaje de libertad hay una Congregación de la Fe, encabezada por Ratzinger, que obliga a callar a alguien como Boff, a un hombre que por lo menos a mí, y estoy segura que a muchos, y aun a muchos más si lo leyeren, nos ha abierto un camino y nos ha indicado que sí puede haber una Iglesia diferente. Me cuesta entender por qué se usa el poder para imponer el silencio; me duele ver cómo se usan formas totalitarias, como que no se pudieran admitir una lealtad crítica. Pareciera que más importante es defender la Institución y no el Mensaje Evangélico, que más importante es defender al Poder y no a los más necesitados; que lo más importante es la Ley y no el hombre. Justamente creó que por defender lo contrario crucificaron a un tal Jesús hace unos 1985 años.